
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

Observaciones intrascendentes Pueyrredón, G. A. 1973

Cita: Pueyrredón, G. A. (1973) Observaciones intrascendentes. *Hornero* 011 (03) : 226-227

www.digital.bl.fcen.uba.ar

Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

El plumón de la frente sigue una línea roma, redondeada en la Garcita bueyera, siendo puntiaguda, con el vértice hacia el pico en las otras dos garzas blancas de la colonia.

El iris blanco amarillento es más claro que en *E. thula*.

Por lo demás la piel es verdosa y el plumón, blanco níveo.

Los adultos emiten un "rac" muy nasal, similar al de la Garcita blanca, pero tal vez más grave. El vuelo es indistinguible en ambas especies.

Cuando visitamos la misma colonia el día 17 de diciembre, o sea seis días después, no hallamos ya a las Garcitas bueyeras; en cambio, fueron vistas en el campo, entre el ganado, mientras un ejemplar se posó sobre una vaca, que se sintió visiblemente molesta.

En nuestra modesta contribución al estudio de la biología de esta Garza de amplia distribución mundial, creemos haber hallado los primeros nidos en la Argentina. No es difícil predecir un aumento en el número y distribución de esta especie, que muy pronto será componente habitual del paisaje de nuestra pampa.

Samuel Narosky

OBSERVACIONES INTRASCENDENTES

Muy lejos de mí la idea de querer con estas líneas sentar plaza de ornitólogo. Confieso que cada vez tengo mayor cariño por los pájaros, pero al mismo tiempo debo manifestar mi ignorancia en la materia y que carezco de la más elemental base científica para el estudio de las simpáticas especies aladas.

Estas experiencias, pues, no tienen más valor que simples observaciones amables.

La ventana de mi cuarto, en la estancia, da hasta el techo de un inclinado recubierto de pizarra.

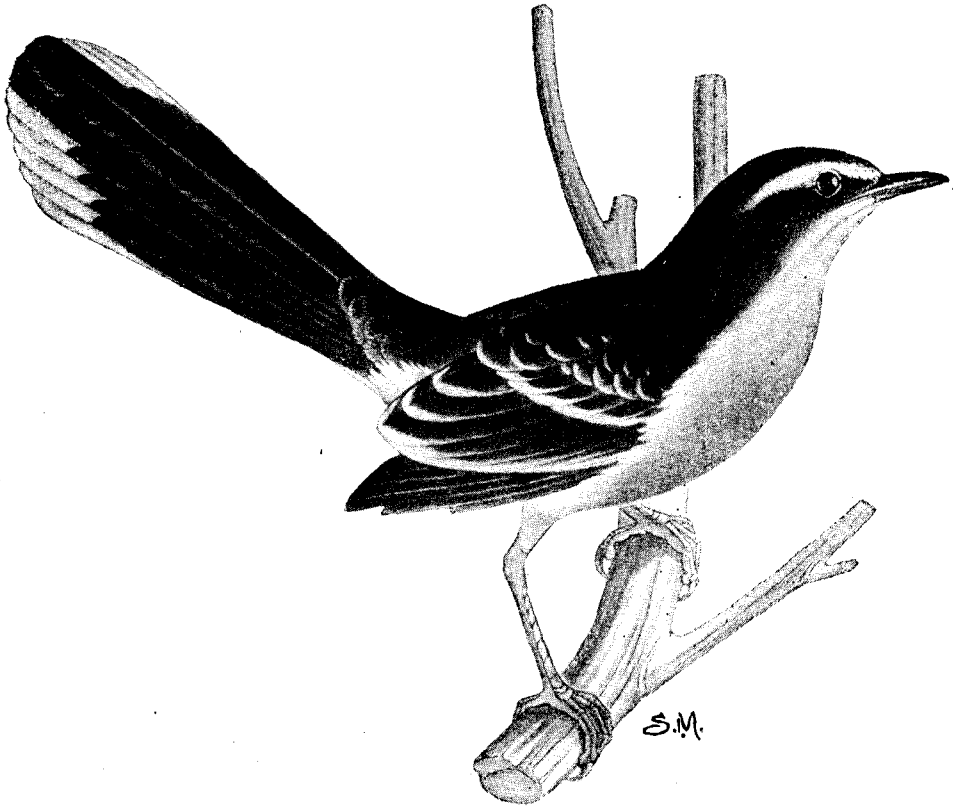
A las ocho en punto de cada mañana, la casera me sube el desayuno del cual dejo separadas algunas galletitas para dar de comer a los pájaros.

Durante los primeros días del verano, cuando yo abría mi ventana, ningún pájaro se arrimaba en mi presencia, espíandome desde las ramas de un roble vecino, pero más adelante cuando se dieron cuenta de que mis intenciones eran pacíficas, fueron tomando confianza hasta tal punto que bastaba el estrépito de abrir la ventana para que apareciera una graciosa calandria que me miraba de soslayo, sin temor alguno, a sólo dos o tres metros de distancia y quedaba allí parada sobre el techo con gráciles movimientos de la cola y a la espera de las miguitas consabidas.

Cada mañana, exactamente a la misma hora, ya tenía la visita bajo mi ventana de la calandria, que poco a poco venía acompañada de un nuevo invitado. Se fueron aumentando las visitas hasta siete ejemplares. Se hicieron tan mansas que apenas trataban de esquivar los proyectiles que con trozos de galleta yo les lanzaba a propósito para probar su mansedumbre.

Las calandrias primitivas eran las más mansas de todas y las primeras en aparecer por la mañana.

Todos sabemos el terror que infunde a los pájaros el abrir y cerrar bruscamente una ventana. Mis calandrias no se preocupaban por esto. Por el contrario, cuando yo quería anunciar mi presencia me bastaba hacer ruido en la ventana abriéndola y cerrándola de golpe, para ver aparecer a mis amigas a quienes premiaba con un puñado de maíz molido o galleta vieja aplastada dirigiéndoles la palabra al mismo tiempo para acostumbrarlas a mi voz.



Hice partícipe de este programa a mi nietita Paula de cuatro años — una chiquita seria y observadora— diciéndole que una de las calandrias era mi “pájaro favorito”. La chica no dudó un instante de esta verdad y más cuando veía que si yo silbaba de cierto modo aparecía mi “pájaro amigo” bajo mi ventana.

Yo creo que la calandria a su vez parecía reconocer a la nieta como “la chica de la ventana”, porque no se alejaba mayormente de ella cuando ésta jugaba alrededor de la casa durante el día.

Junto con las calandrias solían visitar el tejado un par de benteveos que realizaban vuelos en picada recogiendo con rapidez increíble los trozos más grandes de las galletitas. Lo curioso es que estos pájaros de pico tan poderoso, no se enfrentaban jamás con las calandrias. Más aún, éstas los desalojaban agresivamente al menor intento de asentamiento.

Retiradas las calandrias y los benteveos que dejaban las miguitas menores, mi techo —aunque ya no en mi presencia— se poblaba de jilgueros, chingolos, gorriones, etc., que terminaban con la limpieza total del techo.

Tuve que ausentarme a la capital y cuando regresé a mi puesto de observación después de quince días, me sorprendió ver que las calandrias me esperaban a las ocho en punto como de costumbre.

Gustavo A. Pueyrredón
Los Curros - Febrero 1972.